

PROA Los secuestrados y sus familias padecen un sufrimiento inenarrable

INDUSTRIA DEL SECUESTRO, PECADO CAPITAL

Tras la historia de la secuestrada “más famosa del mundo”, la excandidata presidencial colombiana Ingrid Betancourt, se halla la tragedia de unas 5.000 individuos que están prisioneros en las selvas de ese país. Un drama humanitario sin parangón en el orbe. Hace casi un año, el 28 de abril, sucedió algo insólito: el subintendente de policía Jhon Frank Pinchao logró escapar de su cautiverio de nueve años, tras caminar 18 días en la inclemente selva. De hecho, la fuga de Pinchao y toda la información que ofreció, marcaron un antes y un después en la atención mediática que se le había dado a la pesadilla del secuestro en ese país. Y es que fue el expolicía quien ofreció la primera prueba, en cuatro años, de que Betancourt estaba viva... pero también narró las condiciones infrahumanas, las humillaciones y los quebrantos de salud que sufría ella.

Reveló que los secuestrados viven en auténticos campos de concentración –al típico estilo nazi–, compartiendo jaulas y atados del cuello unos a otros, con cordones que les ponen los guerrilleros.

Aquello removió el dolor en las entrañas de centenares de familias que comparten la tragedia de tener en cautiverio a un ser querido o un amigo cercano.

A partir de entonces, arreció la presión del mundo sobre las FARC y sobre el gobierno colombiano para que lleguen a un acuerdo que ponga fin a esta tragedia.

Desde entonces, algunos rehenes han sido liberados, pero las negociaciones se mantienen en un estira y encoge perenne y, hasta ahora, no se vislumbra una salida en el corto plazo.

Entretanto, rumores sobre la inminente muerte de Betancourt, por problemas de salud, han puesto en vilo a los gobiernos de

Colombia y Francia (ella tiene ambas nacionalidades), amén de las elucubraciones sobre el enorme conflicto que surgiría entre las partes en conflicto si Ingrid llega a fallecer en cautiverio.

Como si no fuera suficiente tanto sufrimiento vivido por los cautivos, algunos de los liberados han encendido la polémica y hasta la crítica en su contra, luego de que revelaran los problemas de convivencia que tuvieron con sus excompañeros aún secuestrados.

La revista *Semana* publica en su última edición un reportaje sobre lo que está ocurriendo con los recién liberados.

Cita, entre otros, el caso del excongresista Luis Eladio Pérez, quien, tras recuperar su libertad ha pronunciado varias veces una frase lapidaria: “Hubiera preferido pasar solo todo el cautiverio”.

Pérez, quien permaneció así durante los dos primeros años, asevera que es mejor hablar con los árboles que con las demás personas que estuvieron raptadas junto a él durante el secuestro. Sus palabras causaron indignación en muchos de los familiares de los secuestrados, mas Pérez no es el único que ha expresado ese sentir.

En su libro *Mi fuga hacia la libertad*, Jhon Frank Pinchao relató lo dura que fue la convivencia con algunos de sus compañeros, con los que llegó incluso a los golpes.

Y Clara Rojas, la asistente de Ingrid Betancourt –y quien fue secuestrada junto con ella– liberada a principios de año, nunca ha negado que el cautiverio deterioró su otrora sólida amistad con la excandidata.

Varios expertos han salido en defensa de los exsecuestrados, al explicar que, en situaciones tan extremas, se exacerban los conflictos humanos.

Así, amén de los sufrimientos físicos y psicológicos a que están sometidas las víctimas en poder de las FARC, ahora se suma, como resultado de las nuevas revelaciones, que la convivencia con los de su propio bando es conflictiva.

A los familiares y amigos, esta noticia no ha hecho más que aumentarles la preocupación y la impotencia.

Tienen razón. Peor, imposible.